



JAROSLAV PELIKAN

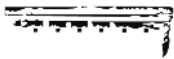
Historia de la Biblia

Traducción de Elsa Gómez, revisada por Joaquim Martínez, Kairós, Barcelona, 2008, 339 pp. (*Whose Bible Is It? A History of the Scriptures Through the Ages*, Viking Press, New York, 2005)

Si para la fe judía es esencial atestiguar la presencia de Dios en la historia, por lo que ningún acontecimiento histórico dejará de afectar a quienes la profesan, tanto para los judíos como para los demás “pueblos del Libro” debería ser primordial tener en cuenta, antes que nada, la propia historia de la Biblia. La historia de la Biblia es el tema —apuntado en el subtítulo y elevado a título de la edición española— que vertebrará los doce capítulos de la obra de Jaroslav Pelikan, que abarca desde ‘El Dios que habla’ hasta ‘El extraño nuevo mundo de la Biblia’. (Desde el punto de vista literario, la oralidad de la Biblia establecería un parangón con la épica; el “extraño nuevo mundo”, con la potente invención shakespeariana de lo humano.) Comprender los cambios ocurridos durante la gestación de la Biblia, como la colección de libros que ha sido tanto para judíos como para cristianos, supone una pauta de lectura con la que podría mejorar nuestra apreciación de la obra que tal vez haya influido de manera más sustancial en la historia de la humanidad. En el artículo ‘Biblical Literature and Its Critical Interpretation’ (La literatura bíblica y su interpretación crítica) de la Enciclopedia Británica —de la que Pelikan ha sido un colaborador— leemos: “Sería imposible calcular el efecto de los presupuestos [que subyacen a la literatura bíblica] sobre las ideas y actitu-

des cambiantes del pueblo de Occidente respecto a la naturaleza y propósito del gobierno. Las teorías e ideales dependen, por lo general, de asunciones morales prioritarias, es decir, de juicios de valor básicos. En teoría, Occidente se ha movido desde el derecho divino de los reyes hasta los derechos divinemente dados de todo ciudadano, desde la esclavitud, a través de la servidumbre, hasta el valor intrínseco de toda persona, desde la libertad de tener propiedades a la libertad de cada uno de las penalidades de la pobreza extrema. Aunque hay una amplia diferencia entre lo ideal y lo real, la literatura bíblica continúa emitiendo su juicio y afirmando que lo que debería ser aún puede ser”. Como se desprende de ello, la historia de la Biblia no puede escribirse sin referencia directa a la historia de la cultura y la política, que se habría convertido a su vez, para nosotros, en la historia de la escritura. Sin embargo, conviene recordar, como indica Pelikan, que el énfasis inicial de la literatura bíblica no fue escrito, sino oral —la frase “Dios dijo” aparece once veces en el primer capítulo del Génesis—, y que la virtud de ese inicio se habría vuelto permanente al admitir que no habría habido una revelación esporádica, sino, precisamente a causa de la conservación y estudio de las palabras divinas, una “revelación continua”. Lo escrito, para los pueblos del Libro, sería una fértil y controvertida prolongación de lo dicho, y la fuerza de la palabra hablada habría sobrevivido incluso al mayor desafío supuesto por el método histórico-crítico del estudio del texto bíblico. El conjunto de las “irrespetuosas preguntas” formuladas por los más diversos lectores de la Biblia no habría minado, sino abonado el terreno de acuerdo (incluso entre judíos y cristianos) sobre lo que debía esperarse de la lectura de sus páginas. Bastaría con notar la evidencia de que la Biblia es literatura de fe, no de observación científica ni demostración histórica, o que la existencia de Dios como problema especulativo habría carecido de interés para sus autores.

Con todo, Pelikan se muestra contundente al afirmar que lo que los lectores pueden esperar de la Biblia, o la presunción de decir que se posee la Biblia, no coincide con lo que el propio libro, por así decirlo, podría esperar de sus lectores: “Precisamente el sonido familiar de la Biblia al cabo de tantos siglos puede atenuar su agudo filo y eclipsar su función principal, que es no sólo reconfortar a los afligidos, sino afligir a quienes viven confortables, incluidos quienes confortablemente se sientan en los bancos de la sinagoga o de la iglesia a escuchar sus palabras” (p. 287). En realidad, este sería el corazón de un argumento que va desgranando los episodios fundamentales de la historia de la Biblia —la escritura del *Tanaj*, la traducción de la *Septuaginta*, la composición del Talmud y el Nuevo Testamento, la aparición de la *Vulgata*, las ediciones y traducciones de Erasmo y Lutero, la crítica ilustrada, la difusión global—, cuando, entendida en sentido bíblico, la propia historia habría sido secundaria frente al propósito fundamental de su escritura. Esa doble consideración de la historia de la Biblia y de la Biblia en la historia delataría que la recepción del libro no se habría producido siempre en los mismos términos en que fue elaborado, atesorado y comentado dentro de las comunidades de fe con que lo asociamos. Así explica Pelikan la importancia que tuvo la traducción griega del *Tanaj* hebreo en la *Septuaginta*: “Estos dos factores presentes en la situación de la Alejandría judía —la necesidad interna de garantizar la continuidad del culto, de la enseñanza y observancia judías, a pesar del constante cambio lingüístico y cultural, y la necesidad externa de formular una apología del judaísmo dirigida a ‘las personas cultas que lo despreciaban’ como una apología muy posterior definiría el público al que iba destinada— fueron los responsables, no sólo de un sustancial cuerpo de teología filosófica judía en lengua griega, sino de la traducción al



LIBROS



JAROSLAV PELIKAN
Historia de la Biblia

griego de la Biblia hebrea, traducción generalmente denominada ‘la *Septuaginta*’” (p. 77). Vale la pena subrayar que la *Septuaginta*, además de condicionar la posterior interpretación de sus textos, sobre todo por la codificación del Nuevo Testamento “griego”, obedecía a que el contexto cultural de la antigüedad había hundido sus raíces en Atenas antes que en Jerusalén. La transmisión textual, por tanto, no sólo tendría una relevancia filológica, sino que marcaría en adelante la contraposición de “helenismo” y “hebraísmo” inherente a la cultura occidental. Esa contraposición podía resumirse en la noción de autoridad vinculada con la escritura o las Escrituras. La pregunta por la autoridad que el lector reconoce en el texto tendría consecuencias en todos los órdenes de su conducta y apuntaría a una tensión entre conocimiento y obediencia, o razón y fe, que desbordaría los límites de la mera historia de la Biblia o los pueblos del Libro. La idea del secreto de la vitalidad de nuestra cultura estaría presente en el fundamento mismo con que examinamos la historia de la Biblia y de su propiedad. Como Pelikan señala en la parte final de su obra, la expansión mundial de la Biblia y su conocimiento por parte de un gran número de lectores no creyentes son circunstancias que plantean la necesidad de juzgar de nuevo los presupuestos de su apropiación cultural. Pero el valor de la *Historia de la Biblia* no es polémico, sino enciclopédico: proporciona las explicaciones precisas para orientarnos en el terreno de la extraordinaria historia del texto y de sus revisiones y traducciones. Nuestra dificultad residirá en responder a la pregunta de si no nos enfrentamos en realidad a la historia de la imposibilidad misma de que ese texto sea, en un sentido definitivo, leído o “poseído”.

Javier Alcoriza